

ROSA Y AZUL



SUMARIO El rasgo de Aurorita, por María Tesla Osentes.—La abuela (poesía), traducción de Luis Vil.—Las tres cruces (poesía), por Juan de Castro.—Las vacaciones (fiesta escolar).—Entretencimientos científicos: La villa de naipes, por Javier Cabezas.—Curiosidades: El torrente de Pareys, por Vicente Más.—Mercedes (polka), por Gregorio Rojo.—Cuentos del concurso: Haz bien sin mirar á quien.—La hucha (poesía), por Juan Redondo y Menduñá.—Historietas cómicas.—Correspondencia.—Pasatiempos.—Y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.

24 páginas, 15 céntimos

ROGAMOS

á nuestros Corresponsales nos remitan los ejemplares que tengan sobrantes de los números 43, 44 y 45, pues nos hemos quedado sin ninguno. Gracias anticipadas.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Trimestre.....	1,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

Nuestros regalos de Enero

A todos los que en este mes se suscriban por un año, les regalaremos los folletines que van publicados (la mitad de la obra) de las **Aventuras de un pequeño filósofo** y la novelita **Día feliz**, encuadernada.

A los que sólo lo hagan por seis meses, los folletines.

Córtese el adjunto cupón y remítase acompañado de su importe.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✂

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



PAEZ P19

MERCEDES PEREZ BULLA
(de siete años y medio)

Habitante en Orense, calle de Santo Domingo, 15, pral.

EL RASGO DE AURORITA

LA Condesa se hallaba en su gabinete leyendo un libro de oraciones.

Luisín y Aurora entraron de pronto atropelladamente; detrás venía Juana, la niñera, y un guardia de Orden público.



Al verlos, sorprendióse la Condesa, cerró el libro y dió un grito.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—No se asuste la señora, que no ha pillado á sus hermosos hijos ningún tranvía—dijo el guardia.

—¡Ave María Purísima! Ni Dios lo permitía.

—Señorita, yo la explicaré.

—No, no, mamá—lloriqueó Aurorita—; no lo hagas caso.

—Déjala que lo cuente, Juana—insinuó Luisín.

—¿Pero qué es ello?—preguntó la Condesa—. ¿Alguna diablura? Esta Aurorita es muy mala, y al fin conseguirá que la meta en un colegio de internas.

—Señora, no diga usted eso; su hija es un ángel.

—¡No comprendo! ¿Acabarán ustedes de explicarme?...

—Mira, mamá, que nos dejen solos y yo te lo contaré—dijo Luisín.

—Buenu. Si estorbamos, me retiru. Que usted lo pase bien.

—Vaya usted con Dios, y muchas gracias. Juana, acompaña al señor.

Quedóse la Condesa sola con sus dos hijos, tornó á su asiento y dijo á Luisín:

—Vamos, hijo mío, cuéntame todo lo que haya ocurrido, que estoy angustiadísima y presa de mortal incertidumbre.

El pequeño colocóse delante de su madre en actitud resuelta; cruzó las manos atrás y se dispuso á decirlo todo. Pero la monísima chiquilla, refugiada junto á su mamá, le imponía con un ademán silencio. Y el chico dudaba, y la madre cada vez sentía mayor angustia. Al fin, encaróse con Luisín, y dirigiéndole una mirada, que pretendía ser iracunda sin conseguirlo, le dijo:

—Ea, habla pronto ó doy orden á Ramón de que os encierre en la pajera.

—No, no, mamá; yo hablaré. Habíamos ido á casa de la abuelita y después al Retiro. Cuando salimos por la calle de Alfonso XII, Aurorita, que venía rodando la pelota, se encontró una moneda. Miramos si estaba por allí el dueño, y como no había nadie nos quedamos con ella.

—Me quedé yo; porque la peseta era mía, ¿verdad, mamá?—dijo la niña.

—No, hija mía; era de quien la perdió; y justamente tú no puedes nunca llamarte su dueña.

—Bueno. ¿Quieres que siga?

—Sigue, Luisín.

—Veníamos por el camino pensando en qué gastaríamos la peseta, y ya habíamos acordado emplearla en juguetes, bombones, el cinematógrafo y muchas cosas más.

La Condesa se sonrió ante las dotes de economía doméstica que tenían sus hijos.

El pequeño continuó:

—De pronto nos detiene el paso un montón de gente, ¡mucha gente! Traían entre dos guardias á una pobre anciana, que decían se estaba muriendo de hambre. Nosotros lo oímos bien, ¿verdad, Aurorita?

La niña no contestó.

—Aurorita se adelantó y la entregó la moneda. Chacha Juana dijo que bastante eran diez céntimos, y quiso recoger la peseta para cambiarla; pero Aurorita comenzó á llorar y á patear, gritando que no, que había de ser toda la peseta, y toda fué. Un guardia la dió muchos besos y dijo que lo pondrían en los papeles y que vendría á decírtelo. Aurorita se asustó creyendo que había hecho algo malo. Esto es lo que ha ocurrido.

—No me regañes, mamá—dijo la niña jismoteando.

—Al contrario, hija mía. Has hecho una buena acción; si bien no tiene gran mérito por no ser tuya la moneda.

Y cogiendo á los niños, sentóles en sus piernas y los dió muchos besos.

MARÍA TESLA OSENTES.

LA ABUELA

(Traducción del francés)

—¿Me dirás por qué, abuelita, son tan blancos tus cabellos?

—Hijo, es la nieve que anuncia de mi vida el triste invierno.

—¿Y por qué, abuela, tu cara tan llena de arrugas veo?

—El pesar fué quien trazó en mi rostro esos senderos.

—Dime más: ¿qué es lo que hace que tiemblen así tus miembros?

—Eso es un viento, hijo mío, que baja de allá... del cielo.

—¿Y por qué tienes los ojos ceñidos de un tinte negro?

—Es porque he llorado mucho y apenada el alma tengo.

—¿Y cómo, dime, tu frente llevas inclinada al suelo?

—Para ver mejor la tierra que ha de cobijar mis huesos.

—Abuelita, ¿y qué murmuras siempre que te doy un beso?

—¡Ah!, es porque rezo, hijo mío, para que Dios te haga bueno.

LUIS VIL BLANCO.

LAS TRES CRUCES

Yo besé la cruz de oro
que de una cinta pendiente
vi sobre aquel pecho hirviente
de mis amores tesoro.

Me abracé á la cruz de hierro
de aquella reja querida,
por mi llanto humedecida
al partir para el destierro.

Y al volver en noche oscura,
aún triste y sola me espera
la última cruz de madera
clavada en su sepultura.

JUAN DE CASTRO.

FIESTAS ESCOLARES (1)

LAS VOCACIONES

AUTO ESCOLAR original de D. LUIS MALDONADO OCAMPO, escrito para el COLEGIO DEL AVE MARÍA, de Salamanca, del cual es director D. FILEMÓN BLÁZQUEZ CASTRO.

PERSONAJES

MARIANO.

NICOLÁS.

ZÓSIMO.

OCTAVIO.



PEPITO.

RAMÓN.

MAESTRO.

VARIOS niños de la escuela.

La escena representa un patio en que los alumnos de una escuela gozan de su recreo. Los niños salen de dos en dos y desfilan entonando un canto escolar. A una palmada del MAESTRO, empieza la algazara; van saliendo de la escena algunos, y los que trabajan se quedan formando grupos en constante movimiento.

MARIANO.—Vaya un reloj que se gasta el gachó.

NICOLÁS. (*Con mimo.*)—Me lo ha regalado mi mamá.

M. (*Con guasa.*)—¡Tu mamá! Oye, tú, ¿se lo ha regalado su mamá! ¿Y para qué te lo ha regalado tu mamá?

N.—¡Tó!, para saber la hora, ¡mira éste!

M.—¿Y qué hora es?

N. (*Dando vueltas al reloj.*)—No sé todavía.

M. (*Riendo á carcajadas.*)—¡No sabe y tiene reloj!

N.—Porque soy rico.

ZÓSIMO.—Pos pá buena cosa te sirve.

N. (*Finoteando.*)—¿Y qué gusto le sacas tú en fumar pitillos?

M.—Mucho, como que me trago ya el humo, ¿verdad, Zósimo?

Z.—Verdad, y yo lo echo por las narices.

N.—Pues yo no fumo porque es pecado y riñe el señor Maestro y se muere uno.

M. y Z.—¡Qué panoli!

N.—¿Panoli? Pues mi padre es médico y me ha dicho que me vuelvo físico si fumo.

M.—Pus dile á tu padre que aquí hay dos hombrés que fuman más que una coracha y no les pasa ná. Y que los médicos no sirven para ná.

OCTAVIO.—¿Para ná? Pus si no fuera por ellos, güenos andaríamos.

M.—Mira *Cascarrabias* por dónde sale.

O.—Salgo por donde me peta, porque si no hubíá sío por D. Laureano, ya estaba yo en el otro barrio, cuando el garrotillo; asina

es que como mi padre tuviá posibles, deprendía pa méico, que es la más güena de toas las carreras.

M.—Conténtate con practicante, para echar sangrías y ventosas á los charros.

O.—De menos nos ha hecho Dios, que nos hizo de barro; y aluego unos suben y otros abajan, y quién sabe si tú abajarás á platicante y yo subiré á méico, que yo más

abajo de lo que estoy ya no cabe, ¡recontra!

M.—¡Bien por el filósofo de Doñinos! Darle unas tapas. (*Se las dan.*)

RAMÓN.—Estos de pueblo no quieren ser más que médicos, maestros ó curas. ¡Como no ven otra cosa! Si hubieran corrido tierra como yo, les gustaría más la milicia. No hay como ser capitán de artillería, con las bombas de oro en el cuello.

M.—Donde esté un jesuita que hable bien, quitate de militares.

R.—Vaya un *registro*. ¿No le dáis unas



(1) En esta sección publicaremos cuantos trabajos de igual índole nos remitan los profesores.

cuantas tapas á este clerical. (*Van á dárse-las y lo impide Mariano.*)

M.—Nunca; ante todo, tolerancia, caballeros; ó somos ó no somos demócratas.

N.—Bien por ti, Robespierre. (*Lo dicen con todas sus letras.*)

Z.—Pues qué, ¿los curas no hacen bien á la nación? Cuando te mueras, ya piarás por ellos.

PEPITO.—Pues resérvatelos para cuando muera, que va largo.

O.—No digas tal, que uno de mi pueblo

salvajes; debiera ganar quien tuviera más razón.

N.—¡Ele!; por eso quiero ser yo abogado, por defender la razón.

O.—Collau, güenas razones; al charro y al limón estrujón, como dice tu padre cuando va de embargos.

N.—¿Qué dices tú de mi padre?

M.—Señores, paz y concordia.

P.—Los militares son los que arreglan las naciones y los que más valen. Si no fuera por el ejército, nos comerían los extranjeros.



por decirlo estaba é cuerpo presente á las veinticuatro horas. (*Grandes risas.*)

OTRO NIÑO.—Yo, muchacho, soy aficionadísimo á la música; veréis cómo dirijo una orquesta. (*Los coloca en semicírculo.*) La batuta, Mariano, la batuta.

M.—Hazla de un cuaderno. (*La música toca un himno escolar, todos cantan y el músico dirige. Concluido el himno, todos exclaman: ¡Bravo! ¡Bravo!, y le felicitan.*)

P.—¡Conque tú jesuít! ¿Y dónde comparas á un jesuít con un general?

T.—Pues qué, ¿no hay general de jesuítas?

P.—Pero no tiene comparanza... Mira Culopaquín, Culoqui y Togo; ¿dónde hay nada que llegue á ellos?

T.—Eso de arreglar las cosas á tiros es de

O.—Los labriegos somos los que vos damos de comer.

P.—¡Los labriegos!

O.—Contra, ¿de dónde salen el pan y los mozos pá el ejército?

P.—¿Y de dónde salen los que mandan, de Doñinos?

R.—Estáis diciendo más tonterías que Minos. Lo que vale más del mundo es la ciencia, como dice el señor Maestro, por eso quiero yo ser sabio.

Z.—¡Bien por Rula, que hasta en los charcos se mete!

M.—Dejai á Rula, que como se ajunte á Perico no hay carro que los recule.

Todos.—¡Bien por Nicolás!

R.—Tiene gracia eso de ser sabio: los tíos más antipáticos de la ciudad; van por

esas calles con las gafas sobre las narices y el dedo tieso, tropezando con las gentes que pasan y repitiéndolas la ciencia como si fuera morcilla reciente. Militar quiero ser, y los sabios que me rodeen con su ciencia, como á Alejandro y á Napoleón.

P.—Yo también lo sería, pero de una nación poderosa.

R.—Pues qué, Grecia y Roma, cuando empezaron, ¿eran mayores que España? Y luego fueron las más fuertes del mundo, sobre todo Grecia. ¡Qué bien la explica D. Filemón!, ¿verdad? Parece que lo ha visto. El mar azul y el sol brillante, y los hombres blancos y duros, como si fuesen de mármol; y las montañas verdes, cubiertas de laurel, para coronar á los poetas y á los héroes; y los dioses del Olimpo acudiendo á las batallas y á los juegos. ¡Qué hermosa Grecia! ¡Viva Grecia, compañeros!

Todos.—¡Viva Grecia!

O.—¡Viva Roma cristiana!

P.—¿Quién dijo eso?

O.—Yo; porque sin agraviar á los señores griegos, que me parecen güenas presonas, mi sanos de cuerpo y mi frescos de ropa, me gustan más los romanos cuando se hicieron cristianos en las *Quetecumbas*.

P.—¡Bien por *Quetecumbas*!

O.—Coino, se le saltan á uno las lágrimas cuando dice D. Filemón lo que pasaban aquellos quetecúmenos.

P.—Catecúmenos, hombre.

O.—Aquellos catecúmenos que piaban por Dios, diseando entrar en la llesia y maldijendo de aquellos gentiles que los echaban á las fieras, y de aquellos emperadores que los encendían para alumbrarse con ellos como si fueran colambas viejas en junción de pueblo.

Z.—Por eso quiero yo ser cura, para irme á país de infieles, predicar el Evangelio y convertir á las gentes para ganar la gloria de Dios.

O.—Casi que me tira á mí eso tanto como ser méico; pero no: donde está un D. Laureano á güeltas con la mente, no hay otra cosa.

X.—Caballeros, están ustedes disparatando de lo lindo. Lo que hay en el mundo mejor es ser ministro, y político, y diputado, y andar en elecciones, y escribir en los periódicos, y batirse, y...

O.—¡Arre allá! Da miedo; ¡no!...

X.—Haced corro, que váis á ver el Con-



greso, ó el Senado, ó el Concejo, ó la Diputación, que para el caso es lo mismo. (*Lo hacen.*) Tú aquí, Mariano, de presidente; tú aquí, Nicolás, de secretario; vosotros, la mayoría; vosotros, la minoría; yo aquí, el Gobierno. Mariano, toca la campanilla y concédeme la palabra.

M.—Dilín, dilín. Tiene la palabra X.

X. (*Se atusa el bigote; saca los puños; se vuelve á un lado y á otro; tose.*)—Señores diputados: El señor de *Cascarrabias*, natural de Doñinos, charro de nacimiento, es un grandísimo moral.

(*Gran algarabía de risas y gritos entre todos.*)

O.—Y tú un mesingún harto de guisao con fidedos.

M.—¡Orden! ¡Orden!

X.—Paso por alto la interrupción del señor Octavio, porque su señoría es un modorro incapaz de Sacramentos.

(*Gran confusión, en medio de la cual se oye la campanilla de la escuela que llama á los alumnos. El Maestro, observando que no acuden, se presenta en escena.*)

MAESTRO.—¿Qué motín es éste? ¿Por qué disputan ustedes?

O.—Coinco con las vocaciones; cá uno quiere ser su cosa, y como le parece lo mejor, riñe con los demás por defenderlo.

M.—Pues vaya un motivo de disputa. ¿No comprendéis que el orden de la sociedad está en esas diferencias? ¿Qué sería del mundo si todos fuerais curas ó si no hubiera más

que médicos, militares ó catedráticos? Fijaos bien en la Historia y veréis que la vida de los pueblos estriba en que cada cual desempeñe un papel para que se realice el destino de todos, el fin de la Humanidad, que es... ven acá tú, chiquitín, Benjamín de la escuela, ¿cuál es el fin de la Humanidad?

Z. (*Que será un párvulo.*)—Acercarse á la Verdad Suprema.

(*Todos se ordenan de dos en dos y cantan un himno escolar para entrar en clase, y concluido de cantar cae el telón.*)

(*Fotografías de A. Montejo.*)

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

LA VILLA DE NAIPES

No vayáis á buscarla en el mapa, porque no existe: la tenemos que construir nosotros, es decir, vosotros. Y no me salgáis al paso diciendo que no tenéis dinero, ni materiales, ni conocimientos de cuanto atañe á la construcción.

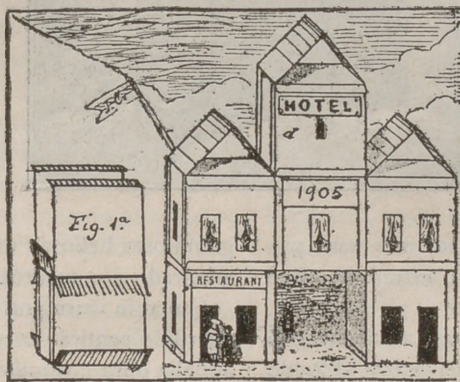
Recordaréis que en el número 45 os enseñé á construir el cubo; pues ahora hemos de recordar aquella construcción, puesto que de cubos enlazados entre sí vamos á construir un lujoso hotel.

Armaos, pues, de una baraja y haced seis cubos. Dos han de ser los grandes pilares sobre los cuales se sustente el edificio (fig. 1.^a); tres han de servirnos para formar el piso principal; el que nos resta le dedicaremos á cuarto para la servidumbre.

Ahora tenemos que «coger aguas». Doblád tres cartas; incrustadlas en los «grandes muros» laterales y fijad la bandera con los colores nacionales; pues es seguro que no

habéis tenido ningún accidente del trabajo.

Construída la primera casa tal como os he explicado y la figura representa, inscribidla en seguida en el registro de la propiedad...



porque vuestros hermanitos pequeños podrían usurparos los derechos que os asisten. Y cuando ya tengáis en el bolsillo los títulos correspondientes, dedicaros al decorado exterior, que puede ser todo lo bello que vuestra imaginación os sugiera.

Luego seguid haciendo casas y casas, de dos, tres, cuatro y más cubos... hasta que tengáis una villa todo lo grande que deseéis.

Una advertencia he de haceros, y es que como las casas no están para soportar grandes temporales, se hace preciso resguardarlas, porque á lo peor viene el huracán en forma de un diablillo de melenas rubias, sopla, y... ¡adiós villa!

JAVIER CABEZAS.

CURIOSIDADES

EL TORRENTE DE PAREYS

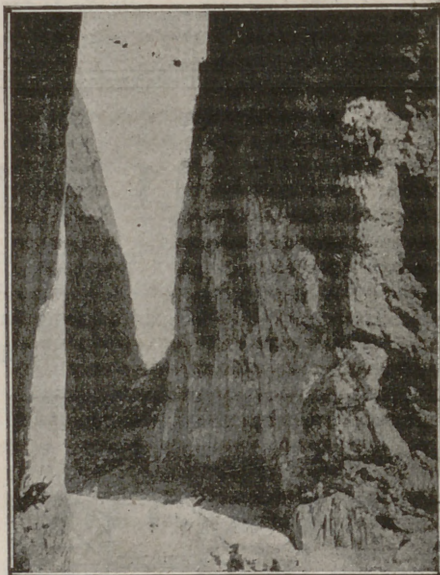
UNA de las más sorprendentes bellezas mallorquinas que más merece ser visitada por el viajero, es sin duda el maravilloso *Torrente de Pareys*, que existe entre la ensenada que forman la *Mola de Tuent* y el árido peñón de la *Vaca*.

Cuanto de imponente creó la Naturaleza, todo fué agolpado allí. Hermosas gargantas, azules lagos y cristalinas rocas formando pozas y cavernas ocultas por plantas acuáticas.

Allí el viajero queda sorprendido contemplando la colosal elevación de dos montes cercanos, bañando sus pies el silencioso murmullo de las aguas, que majestuosas se deslizan entre las piedras, y reconociendo allí el sello de una mano poderosa como autora de tan extraordinaria é imponente belleza.

Jamás peligro alguno atrajo al viajero con la atracción misteriosa que ejerce el fondo transparente de aquellos azules lagos.

En el silencio solemne, y ante la majestad serena de las aguas, misteriosos riscos venidos del fondo de las cavernas remedan llamarte interrogando aquel rincón abandonado y espléndido, animado por la diabólica y fugaz sonrisa de la promesa.



En el límite del torrente, al punto donde puede llegarse siguiendo el de Lluch, que es donde reina eterna oscuridad, donde la elevación de las peñas y la angostura del cauce impiden llegue hasta el fondo la luz del día, se siente verdadera emoción, difícil de explicar. Aquello es sublime, maravilloso.

El *Torrente de Pareys* es una de las más

grandiosas bellezas de la Naturaleza y muy admirado por cuantos le han visto.

Quien le viera una vez no olvidará su recuerdo y sentirá deseos de volver á admirar aquella obra maravillosa.

Sóller.

VICENTE MÁS COLL.

De colaboración.

QUISICOSA

En Francia hablan con calor sobre el vino tinto ó blanco, por si uno ú otro es mejor. ¡Yo en el vino he de ser franco: jamás me importa el calor!

Cayó una losa en Orense que aplastó á Ramón Saavedra; y así dió parte el forense: «Ha muerto del mal de piedra».

MIGUEL PARTAL.

—Porque son dos prófugos, dos perdidos que se han introducido en la mejor sociedad, haciéndose pasar por personas de categoría, cuando no son más que un par de guardias marinas escapados de su buque.

Don Martín y D. Felipe Rivera, sabían perfectamente que Juan y su amigo eran guardias marinas; pero esto no les pareció suficiente razón para que dejaran de considerarlos como caballeros y de tratarlos como tales.

—Es decir, capitán, que usted ha aceptado su hospitalidad, ha conversado y ha reído con ellos, ha paseado con ellos del brazo, ha bebido en su compañía, como lo hemos visto esta tarde, y luego que han depositado su confianza en usted les ha hecho aprisionar.

—Sí, señor, exactamente—dijo el capitán Tartar.

—Entonces no es usted caballero—exclamó D. Felipe que era el mayor de los dos jóvenes.

—Y yo repito las palabras de mi hermano—gritó D. Martín.

Llamaron á sus amigos, les dijeron lo que había pasado y les rogaron que hicieran circular la noticia por todo el salón. En breve el capitán Tartar se encontró solo sin que nadie le dirigiera la palabra. La Marquesa le volvió la espalda; un Conde que había estado hablando con él la noche anterior giró sobre sus talones sin contestarle; mientras, D. Felipe y don Martín paseaban á uno y otro lado hablando con todo el mundo de manera que el capitán oyese lo que decían y mirándole con ojos inflamados de indignación.

El capitán Tartar dejó el baile y volvió á su posada más indignado que nunca. Al levantarse á la mañana siguiente le dijeron que un caballero deseaba hablar con él. Aquel caballero le hizo pasar su

tarjeta. Era D. Ignacio Vélez, coronel comandante del cuarto regimiento de infantería. Al entrar en la habitación del capitán le informó de que D. Felipe de Rivera deseaba tener el placer de cruzar su espada con él y estaba encargado de saber la hora y el sitio que creyese conveniente elegir.

El capitán no era hombre que se negase á aceptar un desafío; su valor era incuestionable, pero se indignó de que un guardia marina fuera la causa de aquel lance; aceptólo, sin embargo; mas no sabiendo tirar la espada con perfección, dijo que reñiría á pistola.

A esto el coronel no opuso dificultad alguna, y el capitán Tartar despachó al patrón de la lancha con una nota para el segundo teniente, porque no estaba en buenas relaciones con el primero.

El encuentro se verificó, y al primer tiro la bala de D. Felipe atravesó el cráneo del capitán Tartar y lo dejó muerto en el acto.

El segundo teniente se apresuró á ir á bordo para dar noticia del resultado del encuentro, y poco después D. Felipe y su hermano, con muchos de sus amigos, acudieron en la lancha del gobernador para ver á Juan.

El primer teniente, entonces capitán interino, les recibió con gran finura y oyó sus reclamaciones relativas á los jóvenes.

—El capitán—dijo—no me había informado de los motivos de queja que tenía contra estos jóvenes; por tanto, no tengo nada de qué acusarles, puedo ponerles en libertad. Pero como he sabido que pertenecen á uno de los buques de la escuadra británica que está en Malta, y debo salir para ese punto inmediatamente, creo de mi deber llevarlos allá y enviarlos á bordo de su buque.

Quitáronse los grillos á Juan y á Gascoigne y les permitieron ver á D. Felipe, el cual les informó de que había vengado el insulto; mas Juan y Gascoigne no quisieron volver á tierra después de lo que había pasado. Al cabo de una hora de conversación y de mutuas seguridades de amistad, D. Felipe, su hermano y sus amigos se despidieron y volviéronse á tierra.

CAPÍTULO XIX

EL PEQUEÑO FILÓSOFO SE DISGUSTA DEL SERVICIO, PERO LE COBRA AFICIÓN USANDO UN REMEDIO APROPIADO.—ARGUMENTO QUE, COMO MUCHOS, SE DESVANECE.—LECCIÓN DE MESTY SOBRE CRANEOLOGÍA.

Después del funeral, la *Aurora* salió para Malta. A su llegada el capitán interino envió á los jóvenes á bordo de la *Harpy* sin más observación que la de: «Van racionados hasta el día», porque habían sido registrados en los libros del buque como supernumerarios.

El Sr. James, capitán interino de la *Aurora*, deseaba unirse á la escuadra de Tolón para ver al almirante, é intentaba hacerse á la vela al siguiente día. Encontró al capitán Wilson en casa del gobernador donde comieron ambos y le dijo que Juan y Gascoigne habían sido puestos en prisión por orden del capitán Tartar, comunicándole además sus sospechas y el rumor que corría acerca del duelo; pero Gascoigne y Juan habían convenido en no comunicar á nadie á bordo de la *Aurora* los sucesos de su expedición; por tanto, nada se supo, excepto que debían tener poderosos amigos y que aparecía en la conducta del capitán Tartar, lo mismo que en todo aquel asunto, algo de misterioso.

—Desearía saber lo que ha sucedido á mi amigo Juan que riñó en aquel desafío trigonométrico—dijo el gobernador, que se había reído mucho con la narración del tal desafío—. Wilson, tráigale usted mañana para que nos cuente su historia.

—Temo mucho animarle en sus calaveradas, sir Thomas, porque ya es demasiado calavera. He hablado á usted de su primera expedición; no hay en ella más que aventuras y todas concluyen demasiado favorablemente.

—Bueno; pero usted puede enviar por él, traerle aquí y reprenderle lo mismo que en su propia cámara; después sabremos la verdad de todo lo que le ha sucedido.

—Eso con seguridad—contestó el capitán Wilson—, porque acostumbra decirlo todo con exactitud.

—Hágame usted el favor de enviar por él. No veo que tuviera gran culpa en esconderse si creía que iba á ser ahorcado. Quiero ver á ese muchacho.

—Está bien, gobernador; si usted lo desea—dijo capitán Wilson—, le traeremos.

Y el capitán escribió una nota á Sawbridge diciéndole que enviase al señor Franco á casa del gobernador á las diez de la mañana.

Juan se presentó de uniforme sin cuidarse de lo que pudieran decirle, porque estaba resuelto á dejar el servicio. Le habían puesto grillos y los grillos le habían llegado al corazón.

Sawbridge había bajado á tierra como una hora antes de que Juan fuese enviado á bordo y no volvió en toda la noche. No vió á Juan sino pocos minutos, y pensando que era su deber no decirle nada al principio ó manifestar algún descontento, se limitó á indicarle que el capitán

deseaba hablar con él tan luego llegase á bordo.

Como Gascoigne y Franco no sabían hasta qué punto sería seguro, aun en Malta, confesar lo que había ocurrido á bordo del jabeque italiano, no lo dijeron ni á sus compañeros, resolviendo que sólo lo confesarían al capitán.

Juan fué introducido á presencia del capitán. Le encontró sentado con el gobernador delante del almuerzo. Juan entró en el aposento con valor, pero en actitud respetuosa; tenía afecto al capitán Wilson y deseaba mostrarle todo su respeto. Wilson se dirigió á él, le indicó que había cometido un gran error riñendo en desafío y todavía otro mayor riñendo con el dispensero, y otro inmenso escapándose después.

Juan contestó con aire respetuoso que reconocía que había hecho mal y prometía tener más cuidado para otra vez si el capitán Wilson consentía en perdonarle.

—Capitán Wilson— dijo el gobernador—, permítame usted que abogue por este joven; estoy convencido de que no ha cometido más que un error de apreciación.

—Señor Franco, ya que está usted arrepentido y que el gobernador intercede en su favor, no hablemos más del asunto. Pero me ha ocasionado grande ansiedad con sus locuras, y espero que otra vez recordará usted que deseo mucho su bien y que me encuentro siempre alarmado cuando le veo á usted en peligro. Ahora puede usted volver á desempeñar sus deberes en el buque, y diga al Sr. Gascoigne que puede hacer lo mismo. No hablemos más de desafíos ni de escapatorias.

Juan, que se había enternecido al ver la benevolencia con que era tratado, no se atrevió á hablar; hizo una gran corte-

sía é iba á salir de la habitación. El gobernador le dijo:

—Señor Franco, ¿ha almorzado usted?

—Sí, señor—contestó Juan—, almorcé antes de bajar á tierra.

—Pero un guardia marina siempre puede almorzar dos veces, particularmente cuando el primer almuerzo que hace es el suyo. Siéntese usted y almuerce con nosotros; ya se ha acabado todo.

—Y aunque no se hubiera acabado—dijo el capitán Wilson riéndose—, creo que esto no impediría al Sr. Franco almorzar. Vamos, siéntese usted.

Juan se inclinó, tomó una silla y demostró que la lección que le había dado el capitán no le quitaba el apetito. Terminado el almuerzo, Wilson dijo:

—Señor Franco, generalmente tiene usted alguna aventura que contar cuando vuelve de una expedición. ¿Quiere usted referirnos lo que le ha sucedido desde que nos abandonó?

—Ciertamente, señor capitán—dijo Juan—; pero me atrevo ante todo á reclamar la promesa del secreto, porque lo que voy á decir es muy importante para mí y para Gascoigne.

—Si el secreto es [realmente necesario, amigo mío, yo le prometo; pero en este punto soy el mejor juez—, contestó el gobernador.

Juan entró entonces en el pormenor de sus aventuras, dejando asombrados al gobernador y al capitán, y concluyó su narración manifestando que quería dejar el servicio y que esperaba que Wilson le diera la licencia y le enviara á su casa.

—¡Tontería!— exclamó el gobernador—, no dejará usted el Mediterráneo mientras yo esté aquí. No, no, es necesario que corra usted más aventuras y vuelva para contarlas. Recuerde usted, hijo mío, que siempre que venga á Malta tiene

una cama preparada en casa del gobernador y un asiento á su mesa.

—Es muy amable sir Thomas—contestó Juan—, pero...

—No hay pero que valga, caballero; no dejará usted el servicio. Además, recuerde usted que yo puedo pedir en su favor una licencia temporal y permitirle que vaya á ver á doña Inés. Sí, y hasta enviarle á usted allá.

Wilson también hizo sus observaciones al pequeño filósofo, el cual abandonó entonces su resolución. Los malos tratamientos eran los que le habían hecho tomarla, y la bondad que los jefes mostraban con él, le decidió del mismo modo á no insistir en ella.

—Con el permiso de usted, capitán Wilson—dijo el gobernador—, el señor Franco comerá con nosotros hoy y nos traerá á Gascoigne. Primero le reprenderá usted, y después yo le consolaré con una buena comida. Juan no tema usted contar su historia en todas partes. Dígala aunque sea en el muelle si le agrada. Yo soy aquí el que manda.

Juan hizo una reverencia y se despidió.

—Hay que tratar á ese muchacho con benevolencia, capitán Wilson; sería una gran pérdida para el servicio si se marchase. ¡Justo cielo, qué aventuras y cuán sin jactancia lo refiere todo! Si usted me lo permite voy á decirle que se venga á vivir conmigo todo el tiempo que estén ustedes aquí. Quiero hacerme amigo suyo y no consentiré en que deje el servicio.

Wilson, que sabía que las atenciones y la bondad serían más eficaces con Juan que cualquiera otra medida, consintió en la proposición del gobernador.

Así Juan comió á la mesa del gobernador, y tomó lecciones de español y de italiano, hasta que se habilitó de nuevo la

Harpy. Antes de que estuviera dispuesto este buque para hacerse á la vela llegó otro procedente de la escuadra con la orden para Wilson de pasar á Mahón y llevar un transporte que estaba allí embarcando bueyes para la escuadra. Juan no volvió á bordo muy voluntariamente; pero había prometido al gobernador permanecer en el servicio, y, por consiguiente, se presentó la tarde antes de salir. Había vivido tan bien en casa del gobernador, que le causaba horror la comida de los guardias marinas; pero un buen apetito lo sazona todo y Juan en breve se quejó, no de la calidad, sino de la poca cantidad. Tuvo una gran satisfacción en ver á Jolliffe y á Mesty después de tan larga ausencia; se sonrió al ver las mejillas del contramaestre; preguntó por el desperfecto que la bala había hecho en la persona del dispensero; estrechó la mano de sus demás camaradas, dió á Bigors una buena tunda y después se sentó á cenar.

—Ah, Sr. Franco. ¿Por qué se marchó usted sin mí?—dijo Mesty—; eso no está bien. Yo hubiera deseado estar allí, se ha visto usted en un gran peligro sin tenerme á mí para defenderle.

La *Harpy* se hizo á la vela. Juan entró en el desempeño de sus deberes. El teniente Asper le pidió prestadas diez libras. Juan se las dió y con esto hizo la guardia cuando quería, y como el hacer guardia no le gustaba, la hizo pocas veces. Sawbridge tuvo una larga conversación con él indicándole la necesidad de la disciplina y de la obediencia en el servicio, y sosteniendo que no había la igualdad que él proclamaba, y que los derechos del hombre aseguraban á cada cual la propiedad de aquello que poseía.

—Según vuestras ideas, Sr. Franco, un hombre no tendría más derecho á su mu-

CUENTOS DEL CONCURSO

HAZ BIEN SIN MIRAR Á QUIÉN

POLITO se llamaba un niño muy obediente, humilde, estudioso, amante de sus padres y del señor maestro. En la escuela ocupaba siempre el primer puesto, por lo que era envidiado de alguno de sus condiscípulos; de esos niños que, sobre ser desaplicados, son orgullosos y embusteros.

D. Genaro, el maestro de la escuela á que asistía Polito, acostumbraba ofrecer cada trimestre un premio que obtendría el que, entre los que se encontraban con fuerzas suficientes para tomar parte en el concurso, llevase mejor escrita una sencilla disertación sobre un tema previamente señalado.

Para el premio que se adjudicaría en aquel trimestre habíanse presentado quince candidatos; mayor número que en ninguno de los anteriores. No obstante, sólo dos de los trabajos eran sobresalientes. Uno el de Federico; otro el de Polito.

El nuevo personaje de nuestro cuento, Federico, era un niño díscolo, envidioso,

pendenciero y holgazán, pero siempre haciendo alarde de *sabio*, y para justificar su sabiduría, á pesar de su mal comportamiento en el colegio, afirmaba que cuando él quisiera demostraría su talento con mucha facilidad; pero que le era más cómodo no quebrarse la cabeza en cosas que ya tendría tiempo de aprender cuando fuese mayor.

—Ni ahora ni nunca—se atrevió á decirle en una ocasión uno de los más decididos—llegarás tú á ocupar el puesto que ocupa Polo.

Exasperóse de tal modo al oír aquella humillación, que si no le contienen, hubiese dado un golpe al atrevido.

Ya más repuesto, pero siempre excitado por la cólera, replicó:

—Ya os probaré que he de subir más alto que ese mequetrefe á quien creéis invencible.

Conociendo que por sus propias fuerzas no había de cumplir lo prometido, concibió una idea salvadora. Contaba, entre sus camaradas, con un muchachote que cursaba el cuarto año del Bachillerato en el Instituto del mismo pueblo; un chico listo y perspicaz, pero amigo de hacer ó contribuir á cualquier travesura ó picardía. Redactóle,

Mercedes Polka,
Ami querida hija Mercedes

Final

Gregorio Rojas

COSAS DE LA VIDA



—Laura, ¿has visto cómo tengo el chaleco?
—Déjame que acabe de leer esta novela.

pues, el escrito á Federico, y creyéndose éste así ya seguro de su triunfo, del que se vanagloriaba de antemano, presentó *su trabajo* el día del concurso.

Estaba redactado en términos mucho más correctos que el de Polito. El de éste era de un estilo burdo; se veía en él la mano de un niño que sabe lo que escribe, aunque lo escribe á su manera.

—Muy bien, Federiquín. Veo que cuando quieres no eres tan desaplicado como parece—repuso el maestro después de haberle hecho leer el trabajo que presentaba—. Estoy admirado de tu hazaña. Hoy has hecho un verdadero prodigio.—Y cambiando de entonación, añadió:

—Si demuestras prácticamente que sabes y entiendes lo que has escrito, digno eres del mayor elogio; habrás dado un paso de gigante.

Diciendo esto, miraba de hito en hito á su interlocutor por ver el efecto que sus palabras le producían.

Una sensación de alegría primero, y de disgusto luego, se pintó en el semblante de Federico.

Hasta aquel día D. Genaro no había pedido explicaciones prácticas sobre los escritos de los concursantes. ¿Por qué con él aquella excepción?

¡Demasiado conocía el bueno de D. Genaro á sus pequeños alumnos! Nunca, ni aun los más aventajados, le habían presentado un escrito en forma igual.

Adivinando el engaño, quiso abochornar al niño embustero que de tal modo pretendía ganar un puesto que sólo con la aplicación y el trabajo puede obtenerse.

Pidióle explicaciones é hizole varias preguntas relativas al tema que de manera tan brillante había presentado, y el niño, aturrido á cada pregunta, que en vano trataba de responder, y titubeando á cada explicación, que inúltamente quería dar, pálido de ira, tuvo que confesar su ignorancia.

Tocó el turno á Polito, quien, con ánimo sereno y resuelto, contestó admirablemente á todas las preguntas que se le hicieron.

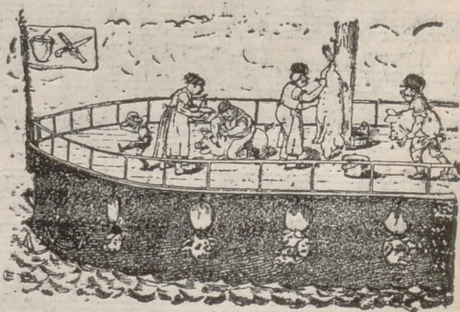
—He aquí un niño, Federico—dijo el maestro—, que sin traer su lección tan correctamente escrita como la tuya, ha demostrado que sabe lo que escribió, lo que no has podido hacer tú... Procura otra vez no tratar de engañarme, pues siempre que lo pretendas en esto, como en todo, tú serás el único engañado.

La victoria fué de Polito. Ganóla en buena lid. Le fué concedido el premio en medio de cordiales felicitaciones.

Los amigos de Federico hacíanle escarnio de la decepción de que había sido víctima.

Desde aquel día, la envidia tomó en el corazón del mal niño proporciones colosales. La idea de vengarse de Polo no se apartó ni un momento de su pecho.

INVENCIONES MODERNAS



El cardicalo, barco salchichera.

Una tarde se presentó en el colegio un caballero, y después de hablar unos instantes á media voz con D. Genaro, se vió éste precisado á acompañarle á la calle para evacuar cierto asunto.

Quedóse Polo, como las pocas veces que aquello ocurría, encargado de la clase.

Tenía D. Genaro la costumbre de poner sobre la mesa su reloj de bolsillo en cuanto comenzaba sus tareas diarias, y en aquel momento, dada la relativa precipitación, olvidóse llevarlo al salir.

No pasó inadvertido aquel detalle para Federico.

Los de la sección de Aritmética, á quienes Polo había de explicar la clase, á una orden suya fueron levantándose de sus respectivos asientos. Para llegar á él, cada uno tenía que desfilar por delante de la mesa del señor maestro (tal era la colocación de los muebles).

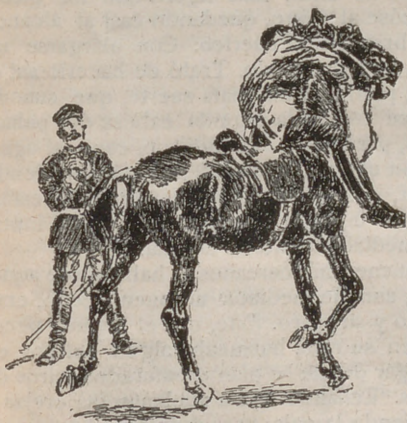
Como se quedara Federico el último, no había de ser visto por nadie al pasar ante la mesa.

Con una agilidad prodigiosa, en el momento mismo, coge el reloj y lo oculta en los pliegues de su vestido, confundiendo luego entre los demás niños. Aprovechando el desconcierto natural que se ocasionaba en los primeros momentos de colocarse la fila ante la gran pizarra, con el mayor disimulo



Efectos de un atracón de... agua purgante.

LECCIÓN DE EQUITACIÓN



—Suelte usted las manos.

—Justo, y me rompo la crisma.

y prontitud, sin haber sido observado absolutamente por nadie, introduce el reloj en un bolsillo del delantal ó ropón que tenía Polo siempre puesto en el colegio.

La clase se dió por terminada. A poco, D. Genaro vuelve, y al notar la falta de su reloj pregunta quién se había atrevido á hacerlo desaparecer de su sitio.

Nadie contesta.

Manda colocar de pie á todo el que durante su ausencia se ha aproximado á la mesa, que eran los que acababan de dar la clase y Polo. Todos, uno á uno, son interrogados y ninguno confiesa su falta. Se procede á un registro minucioso en las ropas, y al llegar al último, á Polo, en el bolsillo derecho de su ropón es encontrado el cuerpo del delito.

El carmín de la vergüenza tiñó su rostro. ¡Aparecía culpable entre sus compañeros! ¡Él, que tenía la plena convicción de su inocencia! El había sido el que más veces estuvo junto á la mesa. Los demás, sólo una vez, al ir y volver de la clase. En ningún bolsillo se había encontrado el reloj, sino en el suyo. Tan seguro como él de su inculpabilidad, estaba solamente el mal compañero que acción tan vil había cometido. ¿Quién sería? Bien conocía la envidia y malquerencia que desde el día del último premio le tenía Federico.

¡Habría sido él? Casi se atrevía á asegurarlo. Pero su alma, noble y generosa, no le permitía hacer una acusación que, por otra parte, como no podía probarla, sólo habría de servirle para que se le tachara, además, de calumniador.

Todas estas ideas, en tropel, le pasaron por su mente con rapidez eléctrica. Tal fué el bochorno y confusión que le produjo lo que como un sueño veía, que no acertaba á dar al señor maestro una explicación satisfactoria. Las protestas, en medio de su turbación, que sólo le servían para delatarlo, más bien que para salvarlo, era la única defensa de que disponía. ¡Las pruebas todas le acusaban de una manera cruel y despiadada!...

El señor maestro, que de buena gana hubiera perdonado á su discípulo, obrando en aparente justicia, castigó severamente á Polito, encerrándole algunas horas, después de una dura reconvención.

¡La infame venganza se había consumado impunemente!

El buen niño sufrió con resignación aquel castigo que sabía no haber merecido, y durante su encierro, elevando su corazón á la Madre de Dios, ofrecióle aquel sacrificio en penitencia de otras faltillas que alguna vez hubiera cometido.

¡Sufrió con la resignación que sólo las almas grandes saben sufrir!

Desde aquel nefasto día su reputación, como bueno y virtuoso, había decaído no poco en el colegio. Se le miraba con cierta repugnancia. Cuando los jueves por la tarde salían en comunidad á dar un paseo acompañados del señor maestro por las afueras del pueblo, casi todos rehusaban su compañía.

Federico no cesaba de echarle en cara su mala acción, llegando alguna vez hasta llamarle ladrón. Polito le miraba con una sonrisa de benevolencia, y le perdonaba.

¡El verdugo se ensañaba infamemente en su inocente é indefensa víctima!



Tenía Polito un magnífico perro de Terranova, regalo de un tío suyo.

Todos los jueves le llevaba consigo hasta la puerta del colegio, en cuyo umbral le esperaba tranquilamente el noble animal hasta la hora del paseo. Saltaba loco de contento

cuando en las filas divisaba á su amo, disponiéndose á seguirlo en la caminata.

Al llegar al campo disgregábase alegremente el conjunto, en pequeños grupos, compuestos de los más amigos.

Desde que á Polito se le había acusado de ladrón, sólo con su perro se retiraba á alguna distancia de los demás. ¡Era su único y fiel compañero! ¡Los otros le abandonaban!

En un recodo formado por el camino que atraviesan aquellos amenos campos, había un estanque de alguna profundidad, en donde hasta una media docena de patos, de nítido plumaje, nadaban á sus anchas y se zambullían no en muy limpias aguas.

Alguna vez los colegiales más truanes habían osado llegar hasta aquel sitio, entreteniéndose en echar trocitos de pan á las acuáticas aves, atrevimiento que en más de una ocasión hubo de reprender D. Genaro. Habíalo terminantemente prohibido, por el peligro á que los niños se exponían de caerse en él, yendo solos. Únicamente les tenía permitido aquel pasatiempo en su presencia.

Burlando cierto día Federico y dos de sus compañeros, como él, traviosos y desobedientes condiscípulos, la vigilancia y mandato de su preceptor, acercáronse furtivamente al estanque, saboreando su diversión favorita.

Trepóse en el muro que al estanque rodea, y desde allí, más cómodamente, arrojaba miguitas á los patos, que presurosos se las disputaban.

Uno de ellos, más ligero que los otros, acorcóse al muro, quedando casi al alcance del brazo de Federico. Con alargarse un poco podría cogerlo. Trató de hacerlo así el niño, pero con tan mala suerte, que cuando ya casi tocaba la erguida cabeza del palmípedo, perdiendo el equilibrio, cayó al agua.

Con el susto consiguiente, y no sabiendo nadar, manoteaba precipitadamente esforzándose en subir á la superficie. Todo inútil. Irremediabilmente se hundía.

Quienes más cercanos se hallaban de aquel sitio, aunque mediaba un buen trecho, eran Polito y su perro. Este, con el instinto peculiar en su raza, husmeaba algún peligro en el lugar donde se oían desaforados gritos de niños. Echando hacia adelante las orejas y moviendo la cola, parecía invitar á su amo á que le siguiera. Comprendiendo Polito que algo ocurría, allá se dirigió, encontrándose

NUESTROS BARBEROS



—¿Le doy á usted otra pasada?
—Sí, y un ataúd, que falta me hace.

con los azorados niños sin saber qué partido tomar en tan apurado trance. Enterado del caso, grita á su perro:

—¡Coral, al agua; cógelo!

Con una rapidez pasmosa arrojóse el perro, perdiéndose inmediatamente bajo las cenagosas aguas.

Mientras tanto Polo ordena á sus dos compañeros que vayan á dar cuenta de la desgracia al señor maestro. Este, jadeante, llega acompañado ya por casi todos sus alumnos. Los grupos más lejanos, al ver levantarse á los más próximos del maestro, á quien seguían precipitadamente, corrían unos en pos de otros.

El cuadro que ante la vista se presentaba era conmovedor: el valiente can sostenía ya á flote el cuerpo del niño medio ahogado, y Polo, sujetándose fuertemente con una mano á la muralla, con la otra, asiéndolo por la ropa, lo levantaba.

¡Acababa de salvar así de una muerte cierta á aquel ruin compañero que tanto mal le había hecho!

Inerte, sin sentido, fué llevado á su domicilio.

Sus alarmados padres hicieron venir seguidamente á un médico, mediante cuyos auxilios no tardó el niño en volver en sí. El facultativo aseguró que no había peligro alguno que temer y que no tardaría en restablecerse.

Los padres de Polito, amigos de la casa, se apresuraron á visitar al niño, enterados del suceso.

Contóse tal como fué; no teniendo los padres de Federico bastantes palabras de elogio y agradecimiento para aquel amiguito que acababa de arrancar de las garras de la muerte á su hijo único.

Cuando Federico hubo de enterarse que su salvador había sido el condiscípulo á quien tanto odiaba y envidiaba, desolado y anegado en lágrimas, se arrojó á sus brazos, exclamando:

—¿Tú, Polo, tú me salvaste? ¡Qué hermoso y noble ejemplo me has dado! ¡Perdóname..., perdóname!

CONTESTACIÓN LÓGICA



—¿Voy bien para ir al Prado?
—Mire usted cómo voy yo y vengo de allí.

Federico, arrepentido de todo corazón, declaró solemnemente ante las dos familias, el señor maestro y sus condiscípulos, que él, y sólo él, por envidia y en venganza de no haber podido usurparle el puesto que tan digna y justamente ocupaba Polito en el colegio, había quitado el reloj de la mesa y se lo había puesto en el bolsillo para que apareciera culpable.

Pidió perdón á todos, dando gracias á aquel noble compañero que tan generosamente le había salvado la vida, regenerando al mismo tiempo su alma.

El bizarro *Coral* levantaba sus manos, apoyándolas indistintamente en uno y otro niño. Confundíanse en un solo grupo la Virtud, el Arrepentimiento y la Fidelidad.

Federico acariciaba la negra melena del perro en señal de gratitud, diciéndole:

—Tú también has contribuído en gran parte á mi salvación; gracias, mi buen *Coral*, gracias.

—¡Perdóname—repetía Federico cubriendo de besos á su amigo y condiscípulo—, perdóname!

NIÑOS APLICADOS



José, Rosa, Teresa, María y Cruz Herberos y Cervera.

—«Haz bien sin mirar á quién»; éste es mi lema—le contestó Polito—. Perdonado estás por mí desde el día que por tu causa me encerraron en el colegio. Píde á Dios que, como yo, te perdone también.

De aquella fecha para siempre, Polito y Federico fueron los amigos más buenos y leales.

Federico se transformó en un niño modesto, obediente y aplicado.

Aquella parejita constituyó, desde entonces, la felicidad de sus papás y la honra del colegio de D. Genaro.

Lema: «MAHPOT-JA».

(Número veintiuno de los admitidos.)

LA HUCHA

I

*Una niña encantadora
es la preciosa Mercedes,
en cuyo lindo semblante
hechizos mil aparecen.*

*Es su cabellera rubia
como de Agosto las mieses
y en rica cascada de oro
sobre su espalda se extiende.*

*Sus ojos grandes y azules
cual estrellas resplandecen
y en sus miradas hay algo
que seduce y que conmueve.*

*Dos rosas son sus mejillas,
finas perlas son sus dientes,
rojos claveles sus labios,
su cuello nítida nieve.*

*Sus padres sólo en su hija
su dulce esperanza tienen,
y nunca su hogar tranquilo
turbó la pena más leve.*

*Mercedes tiene una amiga
á quien con delirio quiere,
aunque de las dos muchachas
es muy distinta la suerte.*

Mercedes no sintió nunca
de la vida los reveses,
y viste lujosos trajes
y gasta suntuosos trenes.

En cambio la pobre Julia
vive muy humildemente
en una triste guardilla
donde apenas se revuelve.

Su vestidito de lana,
que no muda y lleva siempre,
es necesario que antes
otra niña lo deseche.

Pero las dos amiguitas
se adoran fraternalmente,
y nada Mercedes hace
que á la otra niña ávergüence.

II

Un día Mercedes dijo:
—Julita, ¿qué te sucede?
Estás muy triste y tus ojos
furtivas lágrimas vierten.

—Es porque he llorado mucho;
porque mi madre se muere
y no tiene medicinas.

—Y ¿por qué?...

—Porque no puede.

Esta mañana he salido
sin que mamá lo supiese
á pedir una limosna...
pero se burló la gente.

—¿No sabes que yo soy rica?
¿No ves tú que así me ofendes?
¿Soy yo contigo tan mala
que conmigo no te atreves?

—Ya sé que me quieres mucho;
bien sé lo buena que eres,
pero yo no me atrevía;
¡los pobres poco merecen!

—A los pobres quiere Dios,
y el que á Dios acuda y rece,
tendrá en sus males alivio;
¿no lo aprendiste en el "Fleury?"

No llores, no llores más;

déjame que la hucha quiebre,
porque en ella, aunque no mucho,
puede ser que algo se encuentre.

Ya está rota; dos... seis... doce...
catorce... diez y ocho... veinte...
veinte duros; tuyos son...
¡tomal! ¿Por qué te detienes?

Guardó el dinero la niña
y exclamó:—¡Dios te lo premie!
Y Mercedes contestó:

—Dios me lo dará con creces.

III

Con los pedazos de barro
entró luego al gabinete
y así les dice á sus padres:
—No me regañen ustedes.

He dado á mi amiga Julia
los ahorrillos de tres meses,
porque se muere su madre
y á mí me sobran juguetes.

Los padres, enternecidos,
besándola tiernamente,
la dicen:—Eres un ángel;
nuestro enojo no mereces.

Muy noble la acción ha sido;
lo que á los pobres les dieres
Dios en el cielo lo paga
con crecidos intereses.

JUAN REDONDO Y MENDUIÑA,

CORRESPONDENCIA

Carmencita Santoyo.—Madrid.—Mucho le agradezco sus elogios que juzgo sinceros, aunque no merecidos; pero no puedo publicarlos, ni insertaré ninguno. Creo que hemos hecho poco para lo que yo deseo hacer; no estoy aún satisfecho.

J. L. Amor.—Idem.—En papel de color no sirven, ¿Y el otro cuento? ¿Cuándo le vemos por aquí?

P. Fernández.—Idem.—Bien escrito, pero esas filosofías no encajan aquí.

I. Rodrigo.—Idem.—Entran en turno.

Luis Regúlez.—Argamasilla.—¡No está usted mal Quijote! ¡Guasón!



ADIVINANZA por Manuel Caldeiro.

Dos fuentes muy cristalinas
están en medio de un llano,
y cuando las fuentes manan
no está muy contento el amo.

JARRO NUMÉRICO por Enrique Ibáñez.

1	2	3	4	5	6	Nombre de mujer.
4	5	6	3	2		En los altares.
4	6	3	2	3		Nombre de mujer.
2	3	6				Condimento.
5	2	5				Consonante.
3	2	3				En los jarros.
3	6	3	2			En las aves.
4	3	6	3	2		En las escopetas.
2	3	4	6	5		En los militares.
4	6	3	2			Nombre de varón.
5	6	5				Consonante.
1	2	6	3			En el mar.

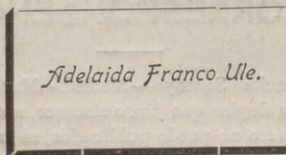
JEROGLÍFICO por José Mendiola

Nota Nota Negación

FUGA DE VOCALES por José Guillén.

C..nt. m.s ..s.nt. .st.s
m.s .nh.l. r.c.br.rt.
.y.r ..n p.d. .g..rd.rt.
h.y n. p.d. .g..rd.r m.s

TARJETA por Francisco Guerrero.



Buscad en esta tarjeta el nombre de una conocida zarzuela.

CHARADA por Juan Cano Maresco.

Mi *prima* porción de agua;
el soldado á *dos tres* cuatro;
dos cuarta es un animal,
con poco trabajo el *todo*
nombre de flor te daré.

FUGA DE CONSONANTES por Mario Lancho.

.e..o .e .u.i .u.i.
a. .ue.t. .e .ua.a.a.a
.a.a .e.o.e. l. .a.
.ue. i. o.e.a .e..a.a

CUADRADO por Federico del Río.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, fruta; 2.º, futuro imperfecto; 3.º, para guardar la ropa, y 4.º, presente de subjuntivo.

JEROGLÍFICO por José Castejón.



SOLUCIONES

A la adivinanza por C. Gómez: LA SANDIA.
Al jerooglífico por Luis Tenorio: PARTIDOS.
A la sustitución por Francisco Petit:

N I C A N O R
A N T O N I O
E N R I Q U E
F E R N A N D O
P E D R O
B E N I T O
A N A S T A S I O

A la charada por Esperanza Lara: CALCETA.
A la tarjeta por Vicente Luna: LOLA RAMOS;
MALAGA.

Al jerooglífico por Vicente Más: PARAGUAS.
A la fuga de vocales por Blas Pérez Cía:

Por la cuesta de la vida
¡con qué placer se echa á andar!
¡Cuánto se sufre al subir!
¡Cuánto se llora al bajar!

Al logogrifo por Antonio Montaner: ROSA Y AZUL.

A la charada por J. Cano Maresco: ARMARIO.
Al triángulo por Carlos Abejón:

R A M A S
A L A S
M A R
A S
S

A nuestros suscriptores

Terminando en Febrero las suscripciones hechas por un año, á contar del número 1.º, agradeceremos nos avisen los que deseen renovarlas. Para esto bastará enviar á la Administración una faja acompañada del importe.

MAESTRAS OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES (CIENCIAS Y LETRAS) Y ESCUELAS PÚBLICAS PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.

Horas para ver al Director: de seis á ocho.

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

OBRA NUEVA

R. P. ZAHM, dominico.

LA EVOLUCION Y EL DOGMA

Un tomo en 8.º francés, con esmerada encuadernación, 5 pesetas.

Pídase á la **SOCIEDAD EDITORIAL ESPAÑOLA**, San Roque, 18, Madrid.

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,2 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID



LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA LA QUE MEJOR PESA

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8

MADRID

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias.

Los que desean alguna, pueden pedirla a estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia,

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

[DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispépsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

Para anuncios en esta revista, dirijanse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

MAYOR, 1.—TELEFONO 123.—MADRID

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibaillar **BONALD**, de thioool-cinamo-vanádico-fosfo-glicélico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la neurastenia, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid